



EL MICROFONO DEL ZAR.—El que escucha su mal oye

RIVALIDAD ADMINISTRATIVA

Mariano y el otro se han pasado lo mejor de su vida pública en un perpetuo destierro y en un viajar sin tregua. Casi siempre, por una feliz coincidencia, están en Madrid y de allí vuelven, cuando nadie les echaba de menos, merced á la portentosa regularidad de los expresos españoles, que ni siquiera saben descarrilar, como sucede en el Ohío y otras afortunadas regiones de la civilización moderna.

Ambos próceres siguen las huellas de Sven Hedín y descubren la capital de España en sus cortos viajes gratuitos, y en cambio, mientras están aquí, sostienen nobilísima competencia en el error y en la genial ignorancia de las cosas confiadas á su cuidado.



Así que don Franco haya acabado de bajar se verificará la boda... y luego volverá á subir por donde ha bajado.

Se sabe que el duque trajo la misión de ahogar el catalanismo y que ha fracasado en su empeño; pero en otros asuntos el excelentísimo ha tenido también poca fortuna. El podrá hacer que todo Dios cierre la puerta al declinar la tarde y que solo se juegue en los Círculos aristocráticos; pero los crímenes son en número igual al de otras veces y los teatros funcionan como les place, con evidente peligro para los espectadores.

A pesar de esto, cabe afirmar que Bivona se halla favorecido por la suerte. Las cosas buenas que ha dejado de hacer se compensan con las cosas malas que no han ocurrido durante su gobierno; y á los *apaches* de la primera época, á la monstruosa explotación de menores evidenciada por el incendio de la Riera Alta, en que perdieron la vida dos inocentes niñas, á los trampantojos y torpezas de la policía, al incremento de la prostitución y la camorra, el duque puede oponer las ventajas de una paz varsovia y de una calma sepulcral que sus predecesores no habían gozado todavía...

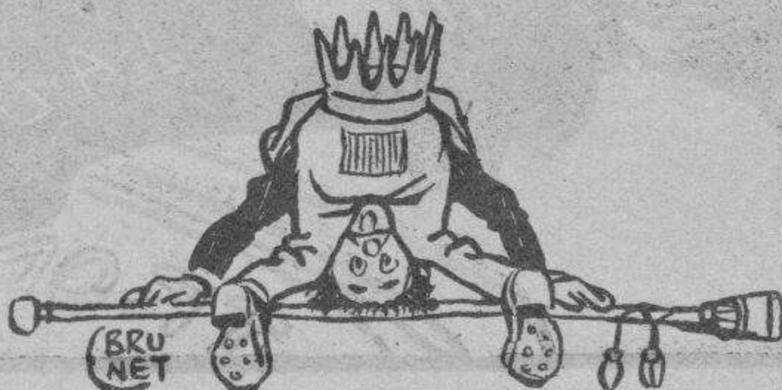
Peor es el otro. No es un alcalde, sino el vago espectro de la autoridad siempre ausente y que jamás se entera de nada. Si se le ve alguna vez, sugiere la idea de una sombra que rige nuestro destino y por la cual suspiran únicamente los pretendientes á los empleos municipales. Aquí todo el mundo hace lo que más le acomoda, con el mudo beneplácito del marqués-fantasma.

Constantemente los automóviles se deslizan con celeridad increíble por las calles más concurridas. Es lo único que va aprisa en España. Pero ¡ay! que siempre corren contra la dirección prevista, y los guardias no se dan cuenta de ello. Y los ediles republicanos tampoco.

Esos representantes de la democracia sólo tienen ojos para escrutar en las grandes profundidades del ideal. Los Consumos, el Erario público, la gran cuestión de Mataderos, las reversiones de toda especie y la incineración de Lopez; hé aquí los problemas que preocupan al elegido de las clases populares. Al lado de esto carecen de interés las pequeñas infracciones de las Ordenanzas.

Importa poco que los ciudadanos perezcan bajo las ruedas de un automóvil lanzado á toda velocidad por la calle; lo principal es que al fin se los pueda incinerar por un método científico y que antes de ir á la muerte paguen los tributos debidos á la excelcitud de la ciudad en que han nacido y que pudo ser también la cuna de sus padres.

LION D'EVERE.



De caza



Ni aparece la pieza ni abandona el puesto,

MOCIÓN MUNICIPAL

I.

—He venido á verle porque necesito de su apoyo y de su influencia... .

—Difícilillo será que pueda complacerle, pues ya sabe usted que desde que Lerroux, ese hombre endemoniado, se hizo el amo de Barcelona, no mangonea aquí más que la gente de Fraternidad. Sin embargo.....

—Se trata de un asunto que si consigue usted resolverlo le valdrá algunos billetitos... .

—¡Diga usted! ¡Diga usted!

—Hace dos años arrendé un solar de mi propiedad para que instalasen unos lavaderos... . Es allí, en el Campo de Grasot, junto á la casa en que vivo... . Desde que los lavaderos funcionan no hay paz en mi casa, pues las lavanderas y demás gentuza que frecuenta aquel sitio se pasan la vida tomándonos el pelo; á mi mujer han llegado á calumniarla.....

—No debe hacerse caso de las habladurías de cierta clase de gente.....

—Bueno; es que además de eso ocurre que me han hecho proposiciones para instalar allí un teatro de verano y ofrecen pagarme cien duros más de arriendo al año.....

—Pues desahucie usted á los lavaderos.

—Es que tuve la poca cautela de firmar una escritura de arriendo por cinco años... .

—Bueno, comprendo Usted desea que le saquen de allí los lavaderos Es el caso que..... ¿Y dice usted que daría una gratificación?....

—Siempre caerán cincuenta duros.....

—¡Bueno, yo veré!.. . Procuraré complacerle.....

II.

—Eustaquia, hija mía, ¿quieres que te compre el juego de peinetas que me vienes pidiendo hace días?

—¡..... !

—Pues debes ver al padre Timoteo y procurar interesarle en un asunto que me ha de valer unos duros...

—Manda, monin; dime lo que he de hacer.. .

III.

—Padre Timoteo...

—¡Qué cara eres de ver, Eustaquita!...

—¿Usted es capaz de hacerme una cosa?

—¿Una cosa? ¡Muchas cosas! ¡Uy! ¡Uy! Me pasaría la vida haciéndote cosas...

—Se trata de que consiga usted...

(La entrevista se prolonga bastante rato. El padre Timoteo ofrece solemnemente buscar un medio para complacer los deseos de Eustaquia.)

IV.

(En el confesonario.)

—Su marido tiene influencia con los concejales. ¿No es todavía contratista del Ayuntamiento?

—No, padre.

—Pero tratará á algunos ..

—Si, padre.

—Pues conviene que algun concejal procure conseguir una cosa fácil, con la que se prestará un servicio señalado á la moral y á las buenas cos-

tumbres, que Dios nos agradecerá á todos... Mañana le mandaré una nota por escrito á su casa. Procure que su marido lo tome con interés...

—Lo procuraré, padre.

V.

—Se trata...

¿Y á mí qué me importa que haya lavaderos en el Campo de Grassot?...

—Pero nada te cuesta; tú no quieres complacer á tu mujercita. ¡Yo que te lo agradecería tanto!...

—¡Es que no sé á quién!...

—¿No tratabas á Lopez?..

Sí, me curó unas almorranas; pero ya sabes que reñimos cuando me presentó la cuenta...

—¿Y Borrell y Sol?

—Este no se trata con nadie desde que es síndico.

—¿Y Mundi?...

—Este no habla...

En fin, yo veré á quién endosar esta encomienda...

—Te lo agradeceré con esplendidez, rico.

VI.

—Si en algo puedo servirle como concejal por el distrito ya lo sabe usted. ¡Aun cuando no seamos correligionarios!..

—Gracias, hombre. Precisamente tengo un encargo. Pedir que desaparezcan unos lavaderos del Campo de Grassot que supongo deben ser un foco de infeccion. Es una mejora urbana...

—Sí, con mucho gusto; envíeme la nota por escrito y trataré de eso en la próxima sesion...

El calzonazos: (Vamos, estará contenta mi mujer.)

El concejal: (A esos *neutros* conviene conquistarlos. Ya me he ganado las simpatías de ese tío.)

VII.

En la sesion:

—Se trata, señores concejales, de una medida de saneamiento indispensable. Aquello no son lavaderos, sino un semillero de enfermedades, un peligro constante para la salud pública. . Y lo pido con mayor interés porque se trata de una mejora de la que saldrá beneficiada la clase obrera, á la cual debemos nuestros cuidados y preferencias.....

El alcalde: Dictaré las medidas oportunas para que mañana mismo sean atendidos los deseos de su señoría, que son los del Consistorio...

VIII.

«Querida Eustaquia: Mucho me ha costado, pero al fin se ha conseguido lo que pedías. Mañana te espero á las cinco —Tu *Timoteo*.»

«Señor Ramon: Hemos triunfado. Le agradeceré que entregue al dador las doscientas cincuenta pesetas convenidas — Su afectísimo, *Vivo*.»

En la Fraternidad:

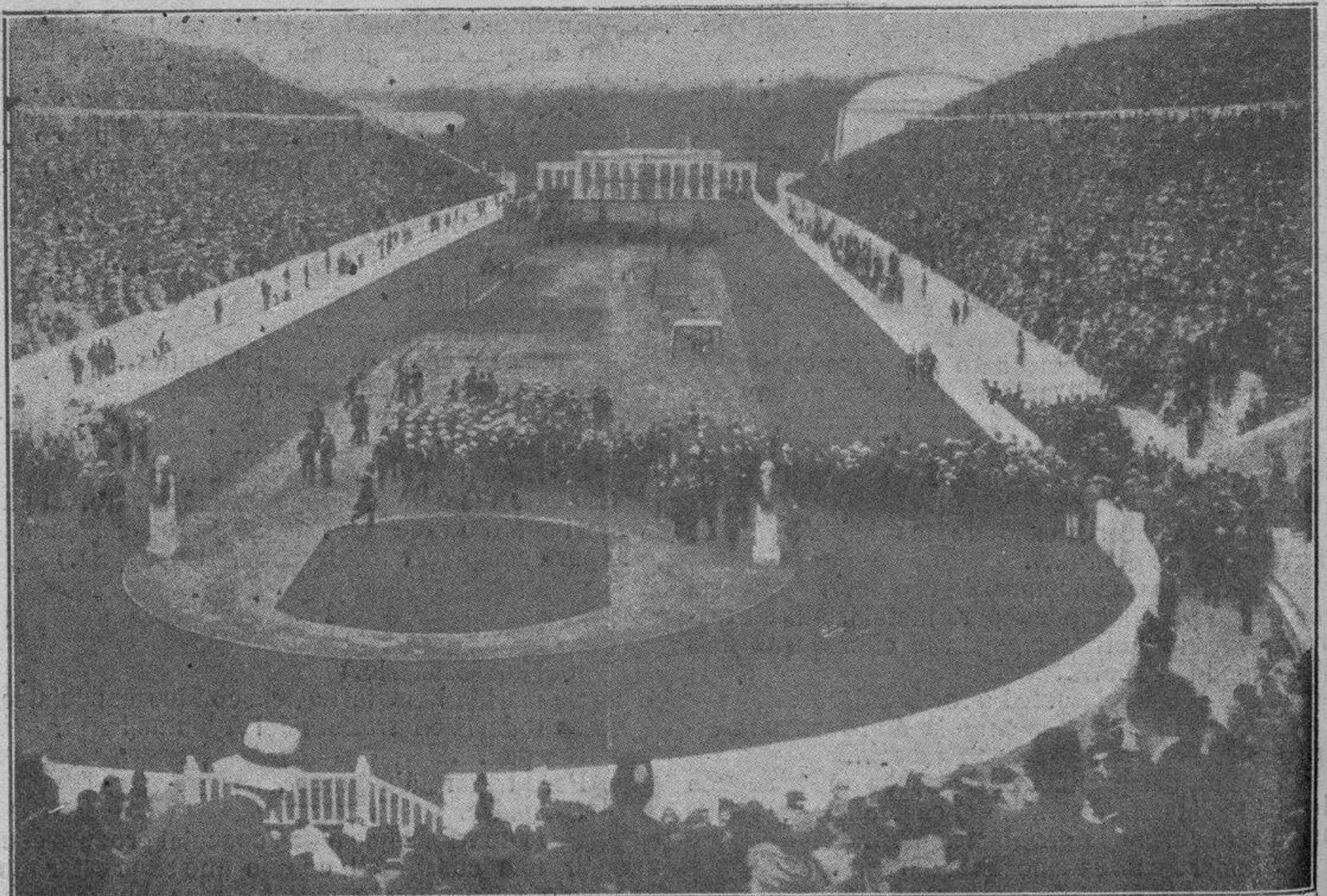
¡Hola, Pablo! ¿Qué tal?

—Dispuesto á tirarme al mar, chico...

—Menos mal que tu mujer gana algo...

—Pues ahí verás. Ganaba cinco ó seis reales al día lavando en el Campo de Grassot; pero el maldito Ayuntamiento ha cerrado el lavadero y hoy no hay ni cinco céntimos en casa para comprar pan.

TRIBOULET.



Los juegos olímpicos de Atenas.

Cuentos de antaño

Exceso de celo

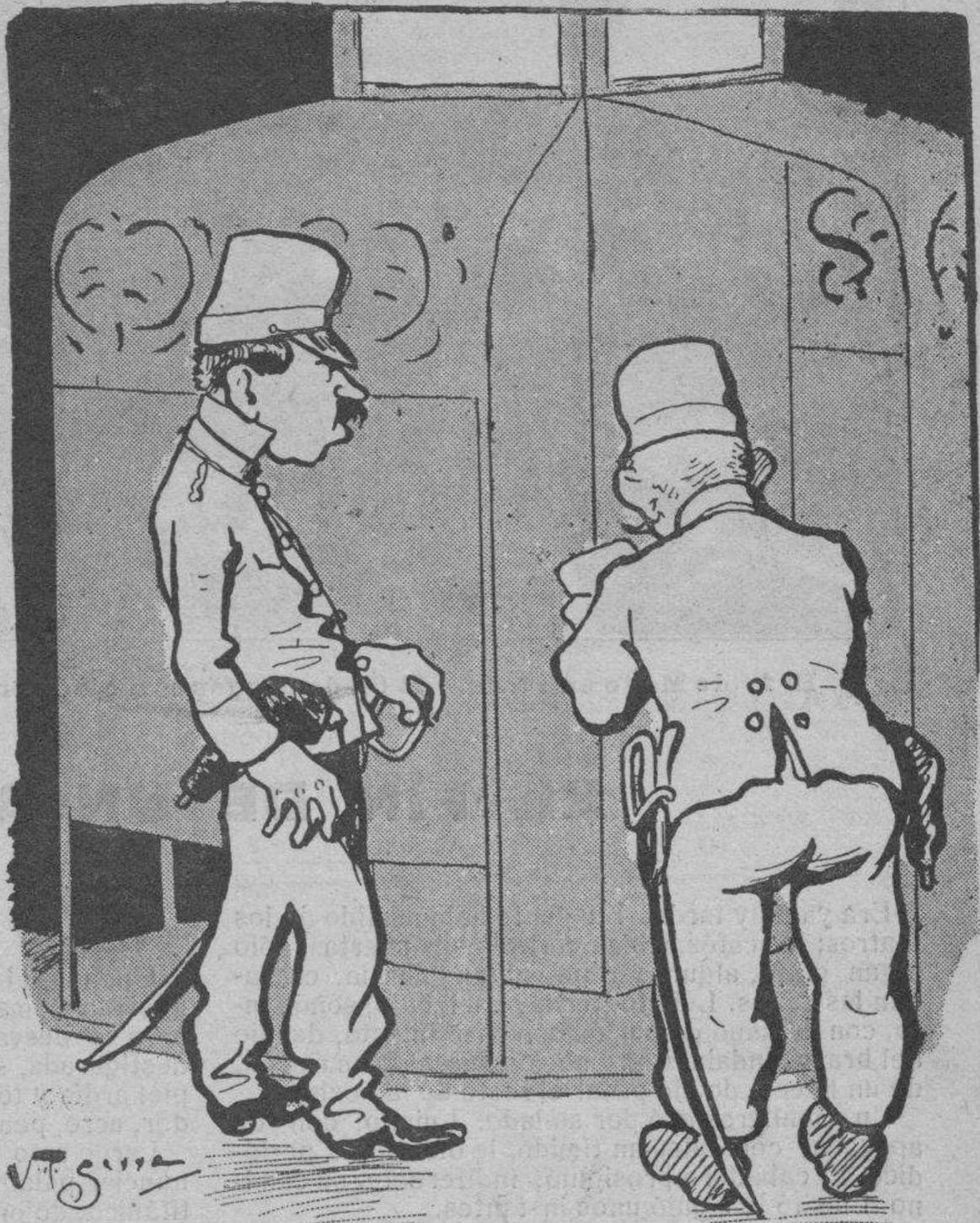
UNA INCRÉDULA.

La escena es en Aragon.
Una baturra divina
está estudiando doctrina
para hacer la Comunion.

—¿Hay muchos dioses?
—¡Discurra
cuántos habrá!
—¿Y todos buenos?
—Sí, señor.
—¿Cuántos?
—Lo menos...
catorce ú quince.
—¡Qué burra!...
¡Pues hay uno!
—¿Qué me explica?
Lo menos *tié* que haber dos.
—¡Digo que no hay más que un Dios!
—¡Qué familia tan *cortica*.

¡VALIENTE TONTO!

Son las seis de la mañana
del día de Pascua. Un mozo
larguirucho como un sauce,
cabizbajo y paticorvo,
penetra en el amplio templo
con andares perezosos,
la diestra mano en la boca
chupándose el dedo gordo.
Se acerca al confesonario,
se santigua, reza un poco,
y le dice al señor cura:
—Padre, yo soy medio tonto.
—Mejor; así tus pecados
no serán muchos ni gordos.
—Pues me acuso de que un día,
hará seis mesés muy pronto,
fuf á la era de un vecino,
y, como soy medio bobo,
le cogí un saco de trigo,
el más pesado de todos,
me lo llevé á mi pajar
y lo mezclé con los otros.
—¡Hijo mío! ¿Qué me dices?

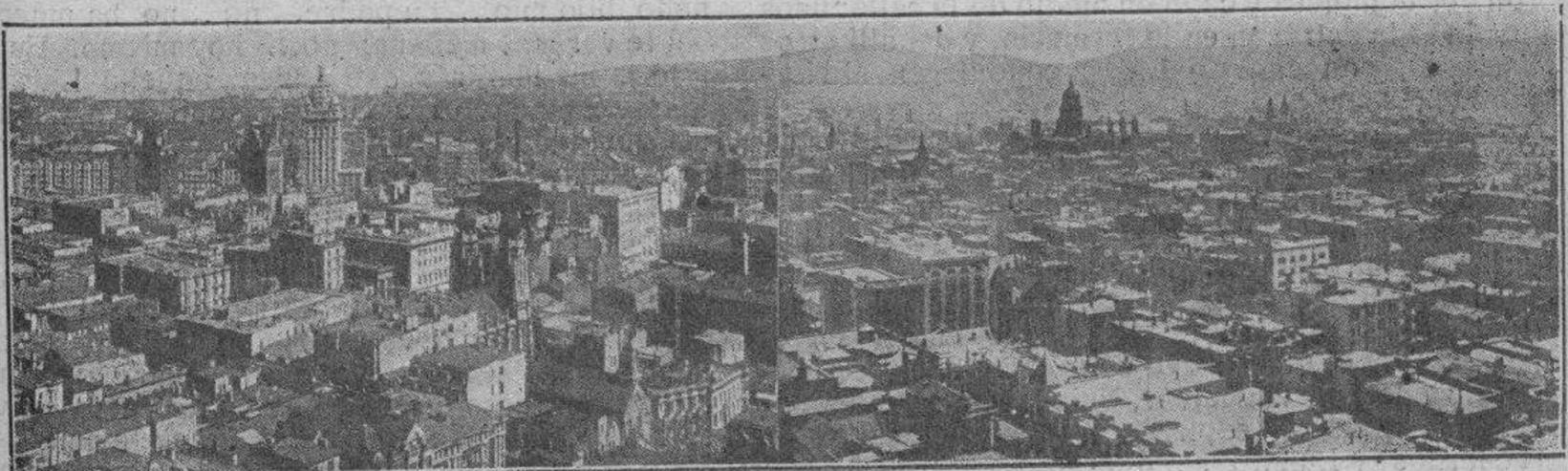


—Apunta que á las dos y cuarto de la madrugada aun no es-
taba cerrado este establecimiento.

¡Es un pecado horroroso!
—Porque es grande me confieso.
—Por ser grande *non te absolvo*.
Y dime, dime, hijo mío,
¿cómo, siendo medio tonto,

no llevaste de tu era
trigo tuyo á la del otro?
—¡Toma, señor cura, entonces
sería tonto del todo!

MIGUEL TOLEDANO.



San Francisco de California antes de la catástrofe.



El 1.º de Mayo en París.—El 6.º de dragones alojado en el Palacio de Máquinas.

EL FIN DE UN AMOR

Era ya muy tarde. La gente había salido de los teatros; los cafés habían cerrado sus puertas; sólo algún golfo, algún sereno, algún guardia, cruzaban las calles. Luisito, triste, cabizbajo, soñoliento, con la mano de periódicos casi intacta, debajo del brazo, andaba sin rumbo en busca de un rincón, de un hueco, donde pasar el resto de la noche.

Un caballero pasó por su lado. Luisito, con voz apagada, con ademán tímido, le ofreció el periódico. El caballero prosiguió, indiferente, su camino. Luisito le siguió unos instantes.

—Cómpremelo—dijo— ¡por caridad, señor!... mi madre está enferma.

Pero fué inútil. Y Luisito, apresurando su marcha, llegó al paseo, se acurrucó debajo de un banco, y, descansando su cabeza en los periódicos, se dispuso á dormir. Pero no pudo. Un río de lágrimas, silenciosas, ardientes, comenzó á brotar de sus ojos.

Hacía cuatro días que su madre, enferma ya, no pudiendo ganar de otro modo el pan de los dos, se puso con Luisito á vender periódicos. Pero, á los dos días, no pudo más. Las fuerzas la abandonaron por completo y cayó en medio de la calle; unos hombres la entraron en la farmacia, y de allí otros hombres, con una camilla, la condujeron al Hospital.

Y Luisito, acurrucado debajo del banco, llorando amargamente, evoca en su espíritu de niño todas las privaciones, todos los dolores, todas las amarguras de su vida corta, pero que le parece ya larga, muy larga...

Al fin, un pensamiento le anima. El día siguiente es jueves y se permite al público entrar en el Hospital. Y el pensar que verá á su madre, la esperanza de hallarla mejor, quizás curada, va apoderándose de su espíritu, ahuyenta los tristes recuerdos, y Luisito se duerme. Y duerme casi tranquilo, apoyada su anémica cabeza en la mano de periódicos, encogidas las flacas piernecitas dentro del largo delantal que viste.

II.

Cuando, al fin, logró Luisito ver y abrazar de nuevo á su madre, todas sus esperanzas de la víspera se desvanecieron. La pobre mujer estaba desfigurada, su rostro estaba casi amoratado, la piel ardía y todo su cuerpo exhalaba un fuerte hedor, acre, penetrante...

Largo rato permanecieron abrazados, sin pronunciar palabra. Por fin, haciendo un esfuerzo titánico, doloroso, la madre se incorporó, y con la voz apagada, cortando sus palabras la respiración fatigosa, aprisionando con su mano ardiente, descarnada, la mano pequeña y helada de Luisito, le dijo:

—Luisito... no llores... no desesperes. Yo muero... y si no fuera por ti, me alegraría... ¡He sufrido mucho! Pero Dios no te dejará... Yo nada puedo hacer ya por ti. Tu madre, hijo mío, no puede ya cuidarte, no puede acompañarte, no puede abrigarte, ni puede ya darte qué comer... ¡Yo muero, Luisito, hijo mío, hijo de mi alma!... Pero... no... yo creo que no quedarás abandonado, hijo mío... Tu padre... no... no ha muerto... Tú le verás... mañana; no... hoy mismo. Es muy rico... Tú le dirás que Luisa, aquella Luisa que tanto le amó... va á morir... Qué nada haga por mí, que nada le pido por mí... que antes de morir le entrego á su hijo, que eres tú. Hijo mío, Luis mío... creo que te escuchará, y si te escucha, hijo mío, cuéntale nuestra vida, cuéntale nuestras penas... échate á sus pies, Luis mío, dile que ya tu madre no podrá cuidar de ti, que... al morir te confío á él y que... ¡no, no lo digas!... pero, no importa, sí... dile que yo, que tu madre, que Luisa, que tanto, tanto le amó, que le sacrificó su vida, su honor, su dicha... al morir... ¡aun le ama!

La enferma volvió á reclinar su cabeza calenturienta en la almohada. Un torrente de lágrimas baña su rostro y se confunden con las del pobre, del desolado Luisito, que, casi echado sobre la

cama, la estrecha contra su pecho y la besa, llorando, silencioso, con afán, con amor supremo.

—Hijo mío, vete --dice Luisa--; mañana me dirás lo que te ha dicho... Yo no quiero morir sin saberlo... sin saber que te ampara... que se acuerda de nosotros... que no quedarás solo...

Luisa le explicó dónde vivía. Luego una campana impuso silencio. Poco á poco la heterogénea muchedumbre que rodeaba las camas fué desfilando, unos llorosos, otros alegres, otros preocupados por dudas crueles... Y Luisito salió del Hospital confundido, arrastrado por aquel río de honbres, mujeres, cojos, lisiados, viejos, harapientos, mujerzuelas, que bajaban la amplia escalera, apretujándose, mezclándose en el aire sus risas, sus llantos, sus ayes, sus juramentos.

III.

El grave, el galoneado conserje, no le dejó pasar. ¿Qué querría de Su Excelencia aquel golfo?

Luisito no se movió en todo el día de la calle. Al cabo vió salir del palacio una elegante berlina. Un soberbio tronco la arrastraba. Cuando la berlina atravesó los umbrales del palacio, el grave conserje, inclinándose, se quitó la gorra galoneada. Dentro había un caballero de unos cincuenta años, de aspecto distinguido, simpático, vestido de uniforme, cargado de cruces y de bandas.

Luisito no dudó un instante. Sí, aquel era su pa-

dre... Una secreta esperanza, una secreta alegría nació en su pecho. Ya no se le escaparía. A la vuelta le detendría, le hablaría y... ¡parecía tan distinguido, tan simpático, tan bueno!... que le escucharía, y ¿quién sabe?... Tal vez su madre curaría. Sí, sí; Dios no le abandonaría... ni su padre tampoco.

¡Qué largas fueron aquellas horas!... Pero, al fin, por un extremo de la calle Luisito vió aparecer de nuevo la elegante berlina con sus cocheros galoneados, con su magnífico tronco.

De un brinco, aprovechando la ausencia del conserje, saltó Luisito de una acera á la otra y entró en el palacio cuando se detenía en el patio la berlina y bajaba el prócer.

Luisito se interpuso:

—¡Señor, señor, óigame!...

—¡Fuera de ahí, imbécil! ¿qué es eso?—dijo el distinguido caballero.

Pero Luisito insistió; ¡soy su hijo! quiso decir, é iba á echarse á sus pies, á abrazarse á sus rodillas...

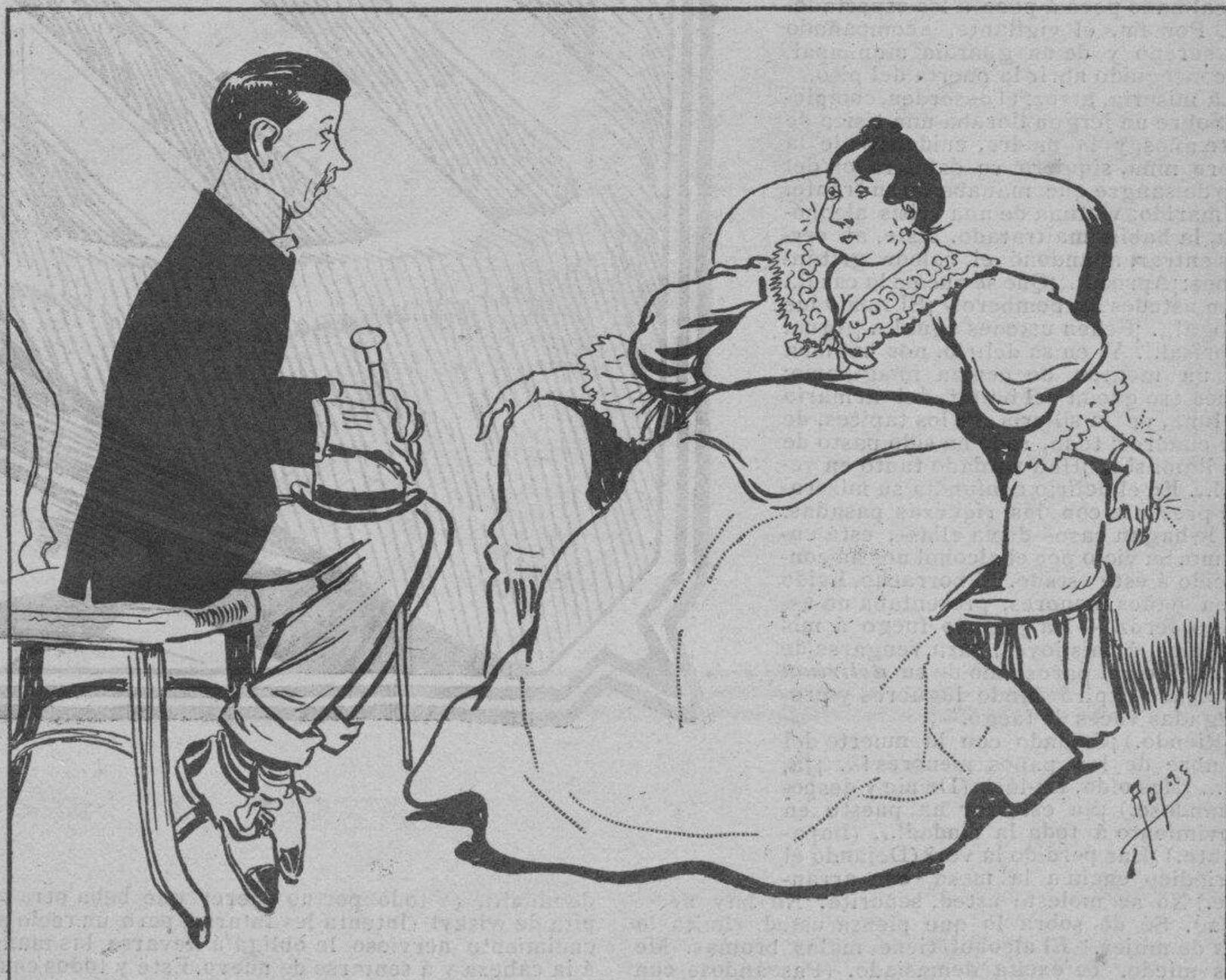
No tuvo tiempo.

Cogiéndolo por un brazo, tirólo de un empujon contra el guarda-ruedas.

Allí quedó Luisito.

No había quedado abandonado .. Pocas horas despues, sobre las mesas de zinc del anfiteatro estaban colocados madre é hijo, rígidos, fríos, envueltos en blanca sábana.

CARLOS JORDANA.



—Diga, Pepito ¿qué objeto tienen esos telones metálicos que han puesto en los teatros del Paralelo?

—Supongo yo que será para evitar los peligros á que están expuestos desde que representan esas funciones tan inflamables.

MONÓLOGOS

EL ALCOHOL

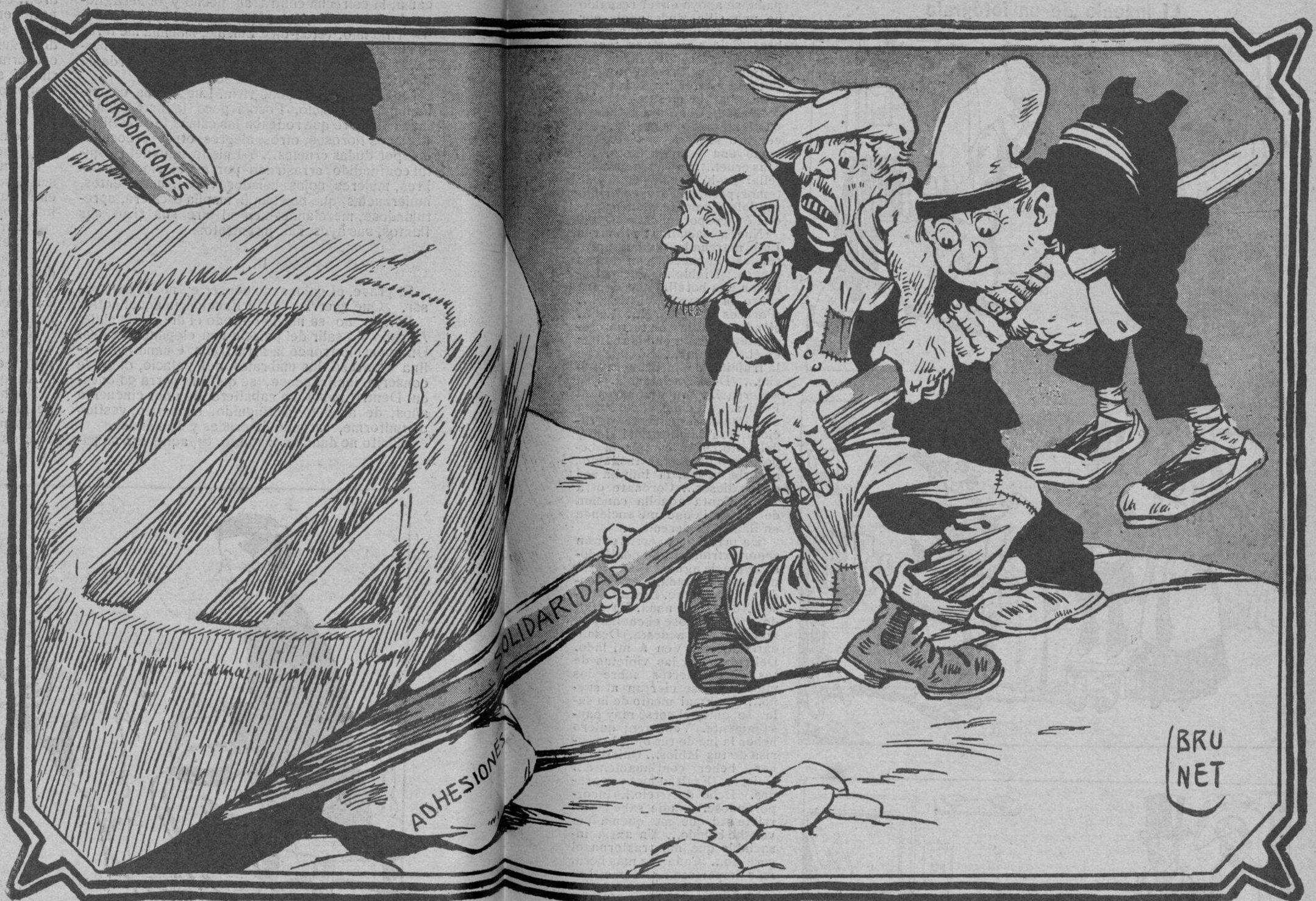
Habitación lujosa. Al fondo, balcon-tribuna. Puertas laterales. Cama, otomana y sillas. Mesita al centro.

ESCENA PRIMERA

Alberto. (Echado de bruces sobre la otomana lee un periódico.) ¡Tiene gracia el caso! ¡Lu-lú!... ¡Lulú!... (Lee.) "Suceso sensacional. A eso de las dos de la madrugada el vigilante que presta servicio en la calle de San Antonio, oyendo que de uno de los extremos de la citada calle partía un fuerte clamoreo con persistentes pitos de alarma, ha acudido al lugar del suceso. Un hombre, en paños menores, desde el balcon del número 6, daba grandes voces de ¡fuego! Los transeuntes y curiosos que acudían en tropel golpeaban la puerta de la casa, y los vecinos de una y otra parte, sobrecogidos de espanto en medio de su sueño, abandonaban la cama y aparecían aterrados por todas las aberturas, cubiertos con sábanas, y alumbrándose con candiles, cuya luz macilenta les daba el aspecto fantástico de una pesadilla. El hombre con paños menores seguía gritando, por más que la carencia absoluta de humo ha calmado poco a poco a los espectadores. Por fin, el vigilante, acompañado del sereno y de un guardia municipal, ha conseguido abrir la puerta del piso.

La miseria, atroz; el desorden, completo. Sobre un jergon lloraba una tísica de siete años, y la madre, cuidando de la pobre niña, siquiera se daba razón del hilo de sangre que manaba de su frente. Su marido, víctima de una crisis alcohólica, la había maltratado. Este, al vernos entrar, abandonó el buffet, gritándonos: ¡Aprisal...! Que se quema la casa!... ¿Son ustedes los bomberos? ¡El humo me ahoga!... ¡Echen ustedes agual...! ¡Agu! ¡Aprisal...! Y, en su delirio, nos hablaba de un montón de ceniza imaginario: ¡Pues eso queda del buffet, del armario de luna, de la sillería, de los tapices, de los cuadros; todo, todo ha sido pasto de las llamas!... ¡Han tardado tanto en venir!... En el delirio confundía su miserable presente con las riquezas pasadas. No le hagan caso—decía ella—, está enfermo. Su vicio por el alcohol nos ha conducido a este estado. El borracho, lívido y en paños menores, presentaba un aspecto feroz. — Ha pegado fuego a mis muebles, a mis joyas, para vengarse de mí!... Y en el paroxismo de su *delirium tremens*; expiró dando lúgubres y prolongadas voces de fuego. —

(Riendo.) ¡Cuidado con la muerte del hombre de los paños menores!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Has oído, Lu-lú?... (De pie y despeñándose.) ¡Su estertor ha puesto en movimiento a toda la ciudad!... (Impaciente.) ¡Has perdido la voz? (Dejando el periódico encima la mesa, con arranque.) No se moleste usted, señorita. No hay necesidad. Sé de sobra lo que piensa usted. (Imita la voz de mujer.) El alcohol tiene malas bromas. Me das miedo. Te excita demasiado. (Paseándose con agitación creciente.) ¡Demonio de mujer!... ¡Te vuelves más juiciosa que una vieja!... (Derribando una silla.) ¡Estás muy pesada!... Vamos a reñir. (Sentándose.) ¡Pero he de pasarme la noche haciendo visita con los muebles?... ¡Me cargan tus arranques



La unión fa la força

de niña!... ¡Y todo por no querer que beba otra copa de whisky! (Intenta levantarse, pero un recio sacudimiento nervioso le obliga a llevarse las manos a la cabeza y a sentarse de nuevo. Este y todos cuantos sacudimientos experimente deben ir acompañados de un notable descenso de luz.)

¡Demonio de cabeza!... No me convienen disgustos... (Levántase; cogiendo el baston y el sombrero de encima la cama.) ¡Conque, persistes en volverte

reflexiva como una mujer casera?... Bueno. Iré en busca de placer a otra parte. Adios. (Vase.)

ESCENA II.

(De dentro.) ¡Alberto!... (Entra Lu-lú corriendo detrás de él. Deteniéndose muy reflexiva al medio de la escena. Decide no dejarle marchar y sale por donde ha salido él. (De dentro.) ¡Alberto!... (Oyese el batacazo

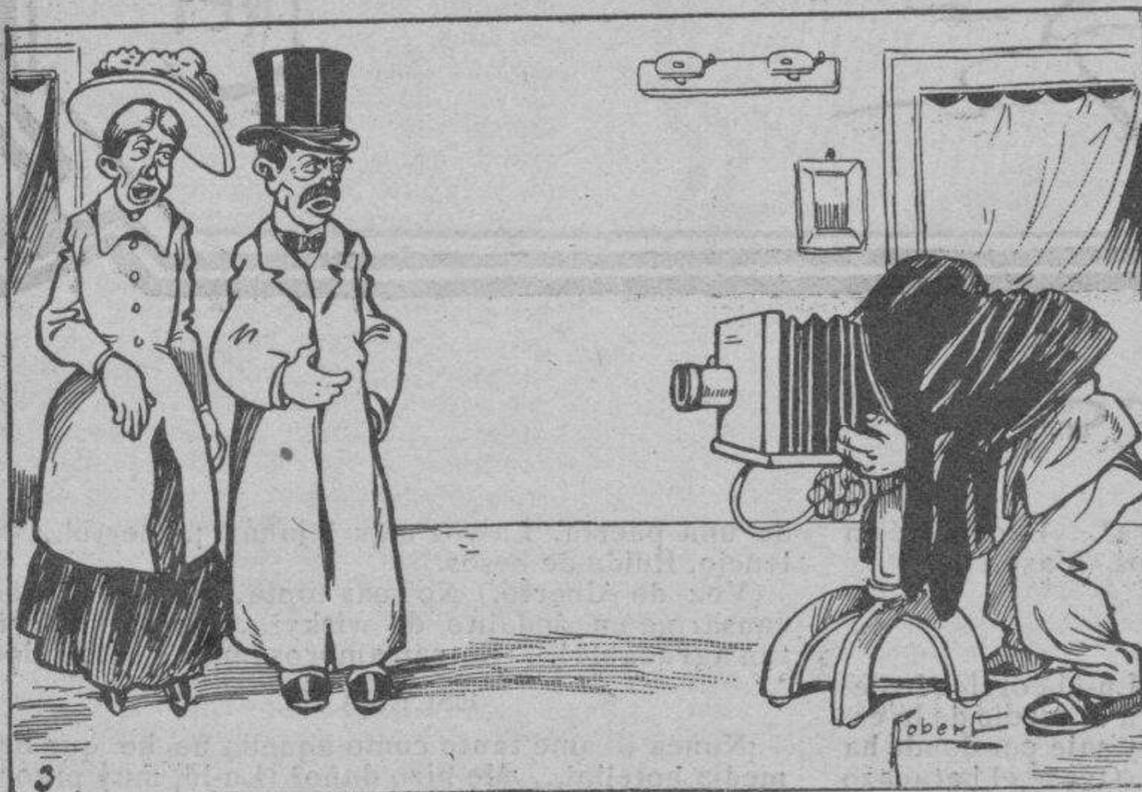
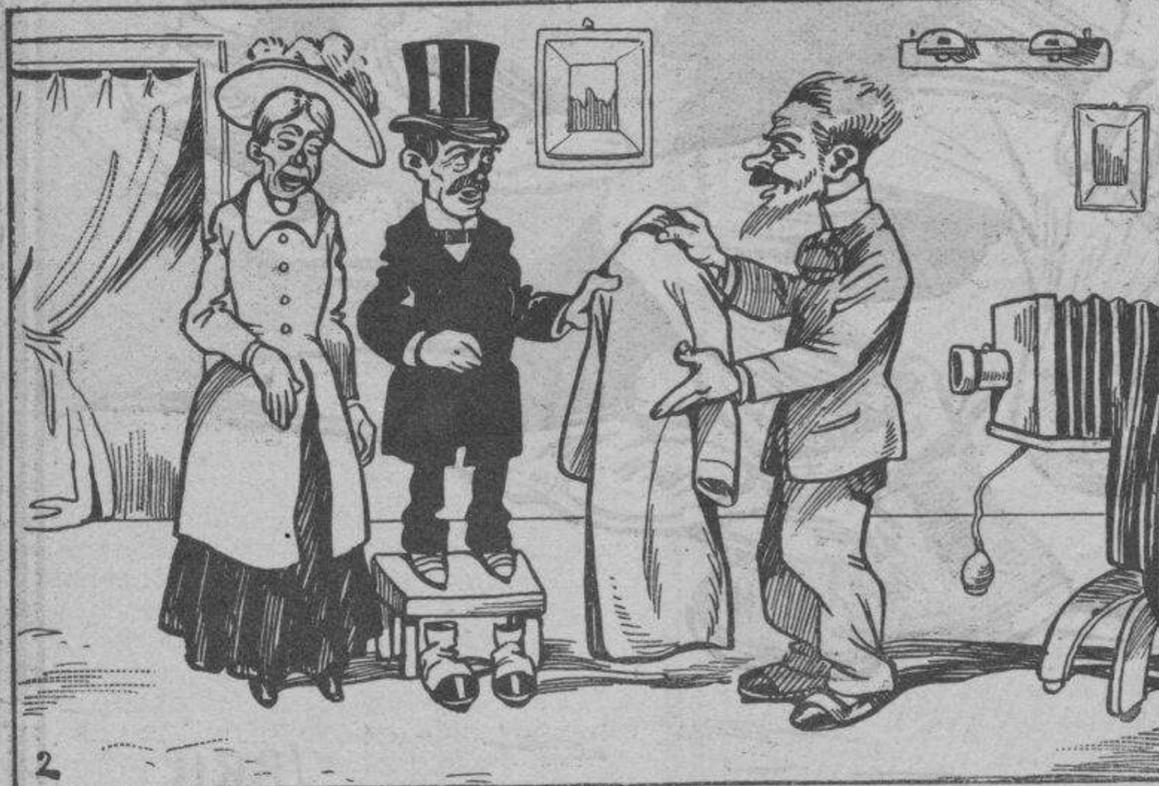
de una puerta. La voz más lejana.) ¡Alberto!... (Silencio. Ruido de besos.)

(Voz de Alberto.) No seas tonta. ¿Qué mal puede causarme un dedalito de whisky?... ¡Me da un sueño tan agradable!... (Entran amorosamente enlazados.)

ESCENA III.

¡Nunca te amé tanto como aquella noche que bebí media botella!... ¿Me hizo daño? (Lu-lú, muy preocu-

El ingenio de un fotógrafo



pada, se apoya en el respaldo de una silla. Rodeándola por el talle deslizará estas palabras, dulces como una tentación.) ¡Recuerda lo mucho que gozamos aquella noche!... (Sentándose y extendiendo los brazos sobre la mesita.) Lu-lú, tengo sed. (Descansa la cabeza en el respaldo de la silla.) Mi cerebro se agrieta, se encoje como una esponja seca. No seas cruel... ¿Vas á traer la botella? (Lu-lú, llena de duda y de temor, permanece indecisa, mirándole fijamente. Con sequedad é incorporándose.) ¿Oyes?

(Nueva sacudida: Mientras Lu-lú marcha lentamente apretándose la cabeza con ambas manos.) ¡Diablo!... (Vuelve Lu-lú con una botella, que dejará sobre la mesa.) ¡Mi whisky!... ¡Pareces de piedra!... Ven... siéntate... (Ella, con terror creciente, se sienta en las rodillas de él.) Bésame... Bésame con la fruición de la primera noche... (Desabrochándola.) ¿Te acuerdas?... Trabajabas en el Follies... Tu cabeza, coronada de pámpanos, incitante y graciosa, era la diosa del vino y del éxito... Me complacía beber; pero al gustar tus labios absorbí la sed, la infinita sed de los dioses... Coronate otra vez... Canta aquella canción de vendimia que me enciende en llamas de deseo...)

(Da principio su crisis por un sopor extraño. Lu-lú poniéndose de pie, le aguanta la cabeza, muy sobresaltada, y profiriendo un débil grito. Levantándose.) No ha sido nada: Un vahido... (Quitándose el cuello y la americana, se acuesta.) Desnúdame, mujer. Ven á mi lado. Deliro por ver las violetas de tus ojos abiertos sobre los míos... que se cierran al sueño... (Lu-lú, al medio de la sala, se quita el corsé muy pausadamente.) Ven, ven; quiero beber la luz de tus ojos, la sonrisa de tus labios... Quiero beber, beber continuamente... Quiero... (Exaltándose por grados.) Debo decírtelo... (Incorporándose.) Nadie sabe la horrible sed que me quema una vez he bebido... Un ansia insaciable que me trastorna el cerebro... Cada vez más fiera, más imperiosa... Créeme, Lu-lú, y eso te lo confieso á tí, á tí, que eres mi pecado mortal... Créeme, ni el vino de cien toneles bastaría... (Lu-lú, poseída de espanto, está inmóvil con los cordones del corsé entre los dedos. Saltando de la cama.) Vamos á ser amigos... (Acercándose á ella.) Muy buenos amigos... Vas á quererme hasta la muerte... ¿verdad?... En la blancura de tu piel aparecen tus venas, azules, incitantes... (Lu-lú, demasiado aterrada, no pudiendo llorar ni gritar, rompe en una risa terrible.) No rías, (Alberto avanza poco á poco, apoyándose en

la cama. Ella irá retrocediendo.) Mi cerebro, cuando te desnudas, Lulú, parece un acerico, en el cual el deseo clava sus alfileres... y contemplo tu cuello... muy cerca de tu nuca descendiendo una vena que se hunde en las olas de tu seno... ¡Ah, me permitirás hacer en ella un pequeño corte... pequeñito!... Tengo tanta sed... (Lu-lú huye.) ¿Te espanta llegar al delirio del placer?... Prefieres que la muerte acabe vulgarmente con nosotros?... ¿No te aburre hacer hoy lo mismo que ayer y mañana repetir lo de siempre?... ¿No es atroz beber, beber á todas horas, sin satisfacerse nunca?...

(Con locura creciente.)

Hemos de ser amigos... muy amigos... Vamos á morir gozando... Amémonos completamente, desnudos, sobre un lecho de flores... Hundirás en mi pulso tus diminutos dientes, olfateando el caudal de mi sangre... y en tu esfuerzo se te hinchará la vena sobre el pecho... y ¡oh, delicioso pecado mío, Lu-lú, con qué fe, con qué entusiasmo chuparé, mientras huirá mi vida á borbotones!... (Váse acercando á ella; Lu-lú retrocede siempre.) ¿Quieres?... No te haré ningun daño... ¿Ves la hoja?... (Le enseña un cuchillo.) Es suave... reluciente... fina... (Se echa sobre ella, la levanta y coloca en la cama. Con voz felina, subiendo también y andando á gatas, con el lomo arqueado como un leopardo.) Reluciente... fina...

(Lu-lú da un grito y huye al balcon muy aterrada. Véase tras la vidriera (que habrá cerrado, asomada en la tribuna. Su voz.) ¡Socorro!... ¡Socorro!...

El último úkase



La policía cumpliendo al pié de la letra las órdenes de Bivona.

(Alberto cae en el *delirium*, se vuelve loco; luego de haber soltado una carcajada horrible queda en un sopor completo, la mirada fija hacia Lu-lú. Durante esta escena la luz ha ido aumentando por grados hasta quedar casi roja, á excepcion del final, que se ha oscurecido súbitamente durante el paroxismo de la crisis.)

(Voz de Lu-lú.) ¡Socorro!...

NOGUERAS OLLER.

Ventajas de la impiedad

Por redimir al hombre del pecado el buen Jesús murió crucificado; mas tan estéril fué su sacrificio que en vez de huir del vicio para ver si de él logra desasirse y del Señor honrar el santo nombre, oír misa, rezar y sacudirse algun disciplinazo, aun sigue el hombre, en estos psicológicos instantes, tan impío y tan lúbrico como antes.

Si otra vez baja Dios, que no lo creo, y ve, lo que es muy feo, que del pecado el hombre no se aleja y en las mujeres busca su recreo, renuncia á ser su Redentor y deja que á quien da de su fe tal testimonio se lo lleve el mismísimo demonio.

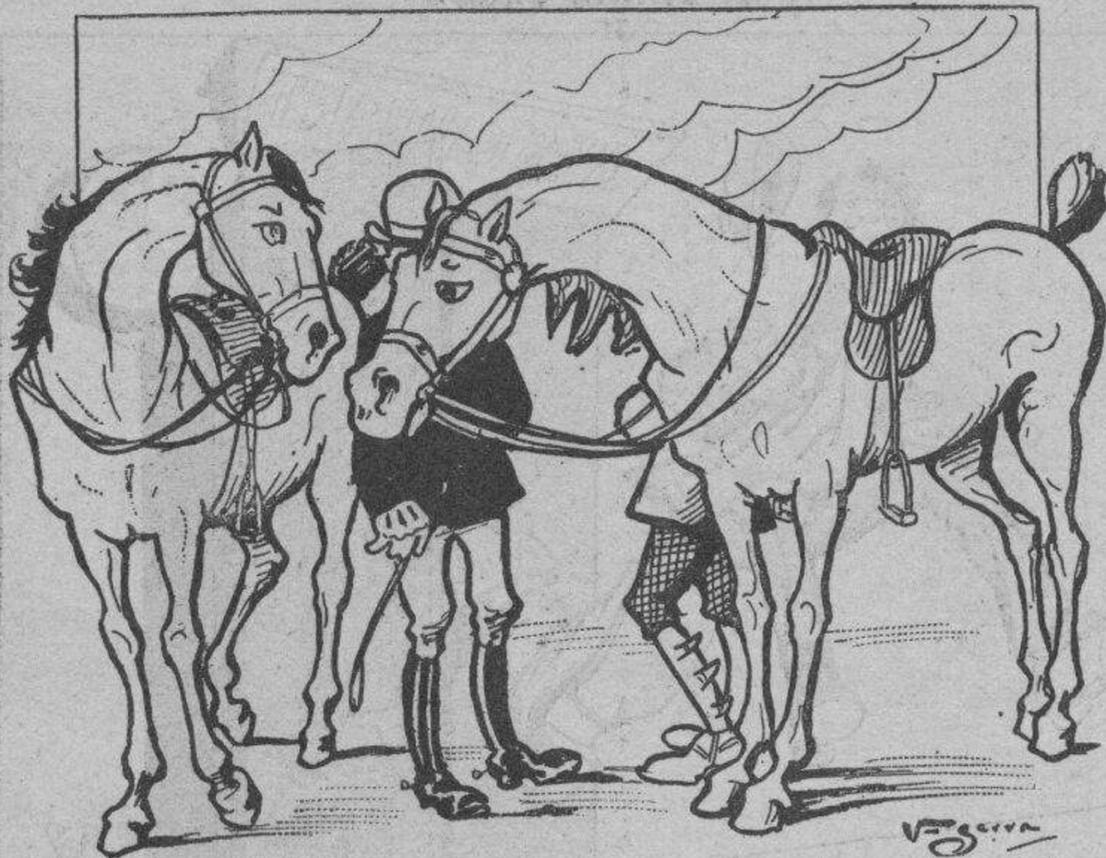
Ya es por demás exigua

la cifra, entre los hombres, de creyentes temerosos de Dios, píos, fervientes, quiero decir chapados á la antigua, que se golpean con unción el pecho ante un retablo, la rodilla hincada, y buscan el camino más derecho que conduce á la gloria deseada; como al salir, no ha mucho, de maitines, á que suelo asistir con santos fines, me decía, quejándose, un cristiano católico, apostólico y romano.

Mas, si no me equivoco, de esta gran impiedad, que es ya notoria, debemos alegrarnos, y no poco, los que aun tenemos fe sencilla y pura, pues cuantos menos vayan á la gloria estaremos allí con más holgura.

FRAY GERUNDIO.

En el concurso hípico



(Diálogo entre caballos).—Y pensar que estos mismos hombres que hoy nos miman nos comerán algún día en sabrosos embutidos.



El pasado domingo era el día definitivamente señalado por los jaimistas para echarse al campo.

Los que se decían estar en el secreto aseguraban que los belicosos neos tenían grandes almacenes con toda clase de armas y víveres para muchos meses. Añadían que don Jaime disponía de dinero en abundancia.

Farmacia nacional



—Deme usted un emplasto silvelista.
—No puedo servirle; se los ha llevado todos el señor Maura. ¡Si le conviene á usted un poco de cerato simple de García Alix...!

Y como aun teniendo todo esto no se dió el temido golpe, es cosa de sospechar que el chico de *Chapa* tiene de todo menos hombres, que es precisamente lo único verdaderamente indispensable para hacer algo.

Leemos en un periódico madrileño que el señor Nocedal ha anunciado su propósito de reunir á los prohombres de su partido para hacer ante éstos importantes declaraciones.

Pero, Señor, ¡qué manía de exagerar las noticias!

¿No sería mucho más claro, y sobre todo más verdadero, decir lisa y claramente que el señor Nocedal estaba preparando un soliloquio?

¿No hemos convenido ya todos en que el partido de Nocedal empieza y acaba en él? O, en otros términos, que es el partido más singular que tenemos en España.

Los dueños de restaurants y los de botillerías han decidido protestar ante el Gobierno de la orden del gobernador que les obliga á cerrar sus establecimientos á las dos en punto de la madrugada.

Creemos la protesta justa, pero estamos seguros de que el duque

no revocará la orden, la que, según parece, no es cosa suya, sino de su confesor, quien probablemente la habrá impuesto como penitencia.

Y no hay quien ignore que el cumplimiento de la penitencia es condicion indispensable para lograr el perdón de los pecados.

Pero lo que dirán los descontentos, para los que no hay razones:

—¿Qué tenemos que ver nosotros con los pecados del duque?

El señor Lerroux ha anunciado su propósito de pasar en Valencia el día en que se celebrará en Barcelona el grandioso acto de la solidaridad catalana. ¡Buen viaje y recuerdos á la luna!

Al señor Lerroux le acompañará el señor Mir y Miró, gran amigo también de la vieja luna de Valencia desde las últimas elecciones.

El viaje del señor Lerroux ya sabemos todos á qué se debe; pero el de Mir y Miró no acabamos de explicárnoslo.

Sin duda no se ha enterado de que en la manifestación que se prepara ¡habrá señoras y las apreturas inevitables en todos los actos públicos.

El zar de Rusia ha tenido el inexplicable capricho de ordenar que coloquen un micrófono en la sala de sesiones de la Duma para que él pueda oír desde su palacio lo que hablan los diputados.

¿Qué apostamos á que Nicolás II no tarda una semana en pedir que le quiten el micrófono? Un año antes hubiera ordenado que cortaran la cabeza á los que se hubiesen atrevido á ha-

blar mal de su imperial persona; ahora tendrá que limitarse á pedir que corten... la comunicacion telefónica. ¡Y quién sabe si antes de un año no podrá pedir ni aun eso!

El señor Roca, director de los Encantes, á falta de otras cosas de que mostrarse orgulloso, presumía de ser el hombre de más peso de Barcelona.

Pero ni esta menguada satisfaccion le han dejado al pesado señor Roca, quien se ha enterado con la desesperacion consiguiente de que el señor Quero, visitador de Consumos, pesa la respetable cantidad de 118 kilos y medio; es decir, siete kilos y medio más que el director de los Encantes, quien, á pesar de lo que *traga*, no ha logrado pasar de 111 kilos justos.

El señor Roca, celoso de las carnes y de las mantecas de su triunfador rival, trata de justificar su falta de kilos (otras faltas no pone empeño alguno en justificarlas) diciendo maliciosamente á cuantos quieren oírle que la victoria de Quero no es suya, sino del cargo. Y luego añade con entonacion melodramática:

—¡Que me hagan á mí visitador de Consumos y ya verán qué modo de ganar kilos!

Ya tenemos policía nueva. Todo son delegaciones, oficinas y jefes de 1.^a, de 2.^a, etc. Hay tambien inspectores con destino especial y una infinita profusion de escribientes.

¿Y quién se encarga de vigilar como es debido? Nadie. Tanto mejor. Así podría ser que no pasase nada.

La tiranía de Moret es grata y se puede sufrir divinamente que el *Premier* meta sin cesar la pata y se dé tono ante la absorta gente de convertir á España en una Utopia y en una tierra de ideal ventura, donde él derramará la cornucopia de todos sus ensueños de locura.

Un íntimo de Lerroux nos anunció hace pocos días, con el consiguiente júbilo, que don Alejandro estaba dando la última mano á un sensacional artículo que aparecerá en el número primero de *El Progreso*.

La noticia nos produjo la natural extrañeza, pues nosotros, que hemos leído todo, absolutamente todo lo que Lerroux lleva escrito, teníamos la firme conviccion de que no hacía los artículos con las manos. Por lo visto, ha cambiado de procedimiento.

Los revolucionarios rusos han ahorcado al célebre pope Gapon, por sospechar que estaba vendido á los enemigos del pueblo.

Al ver que cortan así
á los traidores de allí
el resuello,
á los vendidos de aquí
les habrá dolido el cuello.

Sacando partido



—Bueno, hijitas, ya sabeis que en el acto de mañana nos hemos de estrechar lo más posible sin distincion de edades ni de sexo.

La hija del señor Maura paseaba en coche por la^s afueras de Valladolid.

Y al pasar por el fielato de Consumos los empleados le preguntaron si llevaba algo de pago.

Ella dijo que no, y el coche salió volando.

Pero como dentro de cada consumero hay un psicólogo, no se fiaron, y corrieron tras del coche, deteniéndolo y registrando á la dama, que, ruborosa y afligida, ocultaba bajo sus faldas:

De tocino, 15 kilos.

De jamon, 4 kilos.

De embutidos, 3 kilos.

De huevos, 6 docenas.

Bien dijo el filósofo:

“En el cuerpo de toda mujer se puede hacer todos los días un descubrimiento nuevo.”

Y sobre todo *nutritivo*.

Se ha nombrado una Comisión encargada de velar por la conservacion de las históricas ruinas de Numancia.

Nos parece bien; pero si damos ahora en la flor de conservar todo lo que aquí es histórico y ruinoso, va á faltar gente para formar Comisiones.

Nosotros creemos que lo más breve y más práctico sería nombrar una Comisión única encargada de cuidar de toda España, que es una pura ruina.

Si alguien encuentra exagerada esta calificacion, quitaremos lo de pura.

★ QUEBRADEROS DE CABEZA ★

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

(De Bruno Jansy Cúrisa)

NOTA RIO O

CHARADAS

(De Sierra Valiente)

Con un *segunda-tres* de una botella que, sin *todo*, arrojaron de un *tres-prima*, en un *primera-tres* diéronle á Juana y cayó, del dolor, la pobre chica.

Concurso número 18.--DON TRIFON Y SU PERRO



Don Trifon es ese señor que aparece en el dibujo, sin piernas ni brazos. ¿Cuáles son, entre todos los que en el grabado se ven, los que le corresponden? Es preciso averiguarlo, añadirlos al desvalido don Trifon y reconstituir una escena cómica de éste con su perro, idéntica á la que publicaremos en el número correspondiente al día 9 del próximo Junio. Entre los que remitan la solución se distribuirá por partes iguales un premio de 50 pesetas; caso de ser solo uno el que lo remita, á él le será adjudicada la referida suma. Las soluciones, que únicamente se admitirán hasta el día 3 del referido mes, deberán enviarse bajo sobre cerrado, expresándose con toda claridad el nombre del remitente y las señas de su domicilio.

(De Guillermo C. Miquelet)

Está á *prima tres* la nave es *dos* nota musical y el *todo* en una armería fácilmente encontrarás.

(De Tirso Baldrich Arañó)

Por las calles de *todo*, niña morena, ibas con un vestido de mi *tercera*. Te ví tan mona que mi *prima segunda* tras tí fué toda.

ANAGRAMA

(De Luisa Guarro Mas)

De *todo* á España vine de niño, me llamo *todo* y en *todo* vivo.

PROBLEMAS

(De Francisco Masjuan Prats)

Un padre tiene 65 años y su hijo 17; ¿cuántos años han de transcurrir para que la edad del padre sea *quintuple* de la del hijo?

¿A qué tanto por ciento de interés compuesto deberán prestarse 240 duros para que en 95 años se conviertan en 31,060'286?

(De Domingo Ruiz)

Un padre dispuso que los volúmenes de su librería se repartiessen del modo siguiente: al primer hijo, la mitad más 20; al segundo, el $\frac{1}{5}$ de los restantes más 18; al tercero, el $\frac{1}{10}$ de los que quedasen más 9; al cuarto, los $\frac{11}{15}$ de los que restaran más 14, y los demás al 5.º Hecho el reparto, se halló que el último hijo había recibido un número de libros igual á la mitad de los que le tocaron al tercero. ¿De cuántos volúmenes constaba la librería?

JEROGLÍFICO

(De *Luisa Guarro Mas*)

Dedicado á los señores senadores y diputados que en las Cámaras combatieron la ley de jurisdicciones y que con motivo del homenaje de solidaridad catalana vengan á esta capital.



SOLUCIONES

Al concurso núm. 17



(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 5 de Mayo.)

**AL ROMPE-CABEZAS
CON PREMIO DE LIBROS**

Una de las nietas puede verse entre el segundo árbol que aparece á la izquierda del grabado; está sentada. Entre el indicado árbol y el de la derecha del dibujo se ven el facineroso y la institutriz. El nieto hállase sentado entre el mismo árbol y la línea de cierre del dibujo, é invirtiendo éste vese la otra nieta; tiene uno de los brazos apoyado en el árbol.

A LAS CHARADAS

Leon.
Serapio.

A LOS JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

Aparcero.
Soldados.

AL PROBLEMA ALGEBRAICO

Los negocios son 3.

Han remitido soluciones. — Al concurso número 17: José Canudas Sans (Masnou); Antonio Roca Coll (Masnou); J. Llorca, pasaje Bernardino, 25; J. Rovira, Torre de la Olla, 102, tienda; José Arola, Cabanes, 6, entre-suelo, 1.^a, Gracia. A cada uno de los solucionantes le corresponden 10 pesetas, las cuales les serán entregadas en nuestra Administración.

Al rompe cabezas con premio de libros: Ramón Oliveras Pino, 5, 2.^o, 2.^a; José Bonafont; José Llobet, Allada, 21, 1.^o, 1.^a; Juan Cadellans, Tamarit, 150, 2.^o, 2.^a; Santiago Valls Pallejá. Entre ellos se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

A la charada primera: Carmen Bourquin, Asuncion Alberich, María Pagés, Antonia Sors, Santiago Valls Pallejá, José Bourquin, José Rafols Prat, José Prats Serra, Julio Suñer, Vicente Borrás y Baiges (Mataró), Francisco Pineda Roca, Fidel E. Raurich y Sas, Miguel Ferrer Dalmau, Arturo Martín, Antonio Roca Coll, Vicente Gallén, Ramon Escofet, Manuel Colomé y Joaquín Merc.

A la segunda charada: María Pagés, Asuncion Alberich, Juana Altayó, Miguel Llopis, Pedro Risech, José Prats Serra, Fidel E. Raurich y Sas, Jorge Pich, Manuel Riu-doms, Pedro Torrens y Carlos Parera.

Al primer jeroglífico comprimido: Asuncion Alberich, María Sistachs, José Llofriu, Tomás Trius, José Prats Serra, Fidel E. Raurich y Sas, Carlos Parera y M. Ter.

Al segundo jeroglífico: Juana Altayó, María Sistachs, Pedro Tort, Santiago Valls Pallejá, Antonio Miró, Julio Suñer, Francisco Pineda Roca, Fidel E. Raurich y Sas, Antonio Roca Coll, Manuel Colomé y Tomás Trius.

Al problema algebraico: Santiago Valls Pallejá, Pedro Toll, Julio Suñer y Francisco Pineda Roca.

ANUNCIOS

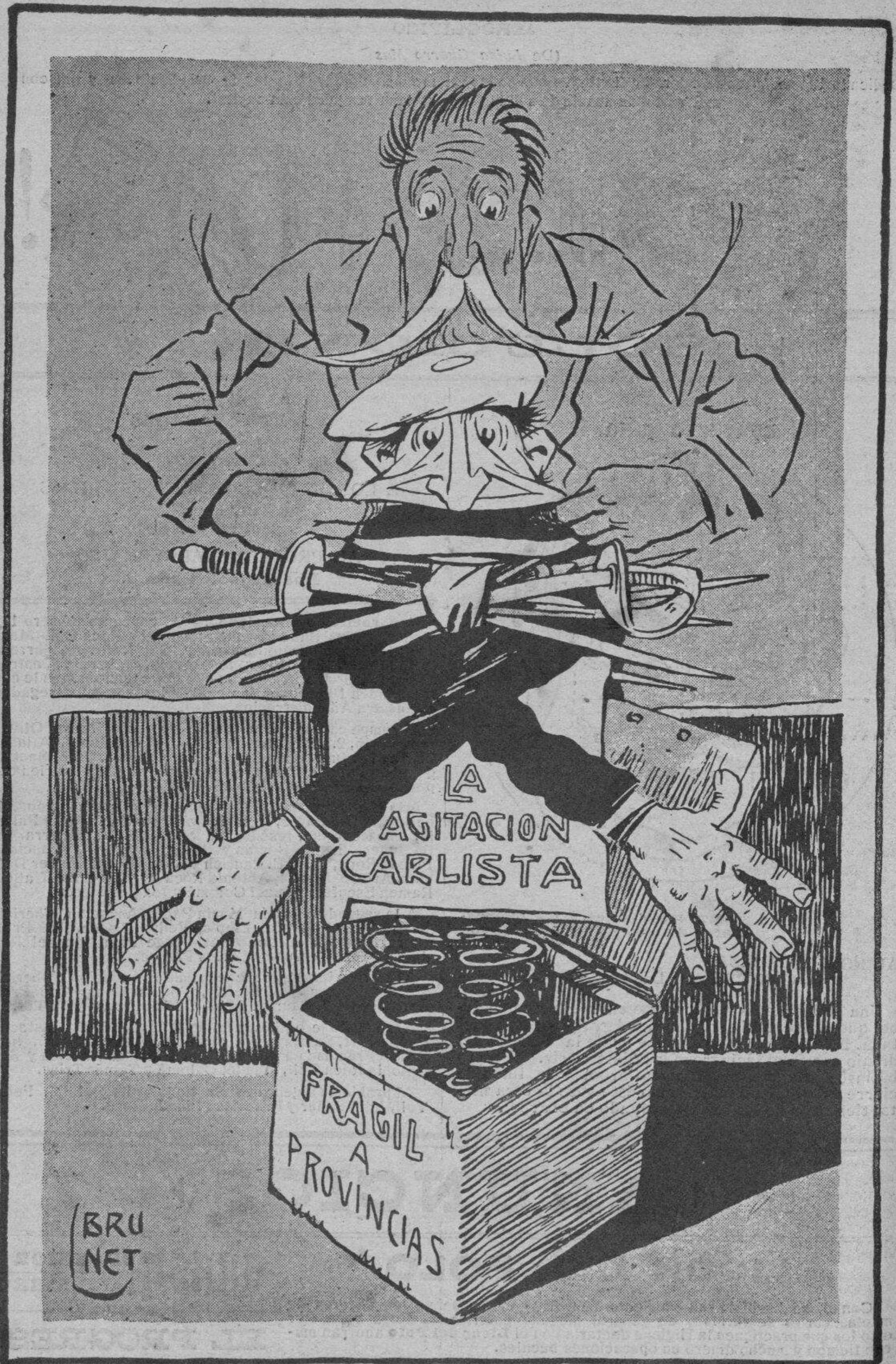
LICOR DEL POLO

Con el uso diario de tan excelente dentifrico jamás se sufren dolores de muelas, caries dentarias y en general ninguna enfermedad de la boca. Por esto los que practiquen la Higiene dentaria con el Licor del Polo ahorran mucho tiempo y mucho dinero en operaciones bucales.

GRASA SUPERIOR para CARROS

MARCA

EL PROGRESO



El gran recurso del duque